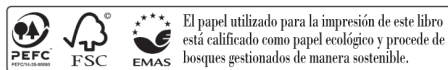


Toti Martínez de Lezea

EL
MAIZAL

erein

EL MAIZAL



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: Octubre de 2022

Maquetación:

Erein

Ilustración de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2022

ISBN: 978-84-9109-855-3

D.L.: D 1206-2022

EREIN Argitaletxea

Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9.

20569 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309

e-mail: gertugrafika@gmail.com

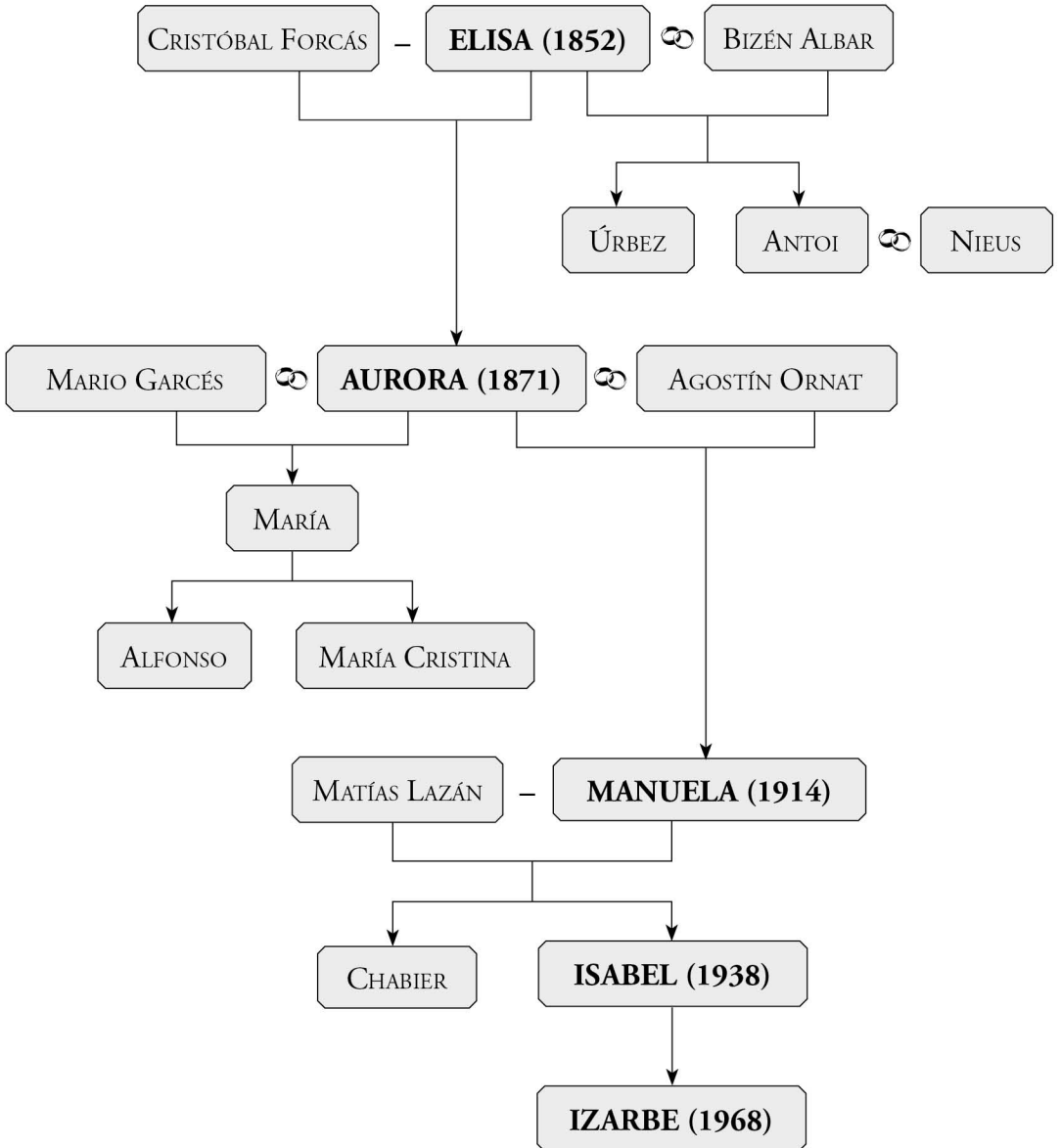
www.gertu.net

Toti Martínez de Lezea

EL MAIZAL



PERSONAJES PRINCIPALES



El nacimiento de Elisa fue acogido por su madre como un milagro que Dios le concedía tras veinte años de matrimonio; cuatro abortos espontáneos y otras tantas criaturas mal formadas, muertas al nacer, habían borrado toda esperanza de dar a luz a un hijo sano, hija en este caso. La mujer no se cansaba de examinarla, comprobar que no le faltaba nada, contemplarla mientras dormía a su lado, en la cuna, vestida con los encajes que ella misma había bordado a lo largo de aquellos años a la espera de ver cumplido su sueño. Con lágrimas en los ojos, la sonrisa en los labios daba las gracias al Todopoderoso, a la Virgen y a los santos por escuchar sus preces y concederle un anhelo por el que estaba dispuesta a arriesgar la vida. El médico de la familia la advirtió de que corría peligro si insistía en ser madre, su cuerpo había sufrido ya demasiadas agresiones, incluso le insinuó que podía proporcionarle un cierto compuesto para evitar un posible embarazo, otro más. A ella, dicha sugerencia le pareció una blasfemia y le rogó no volviera a hablar del asunto; su único afán era darle un hijo a su marido costara lo que costase, era un deber convertido asimismo en una obsesión.

Sin tan siquiera pasar a verlas al saber por la partera que la recién nacida no era el varón que ansiaba, Basilio Azaba partió hacia Huesca capital. Hizo el recorrido maldiciendo a la esposa incapaz de darle un heredero pese a sus esfuerzos, pues hacía años que había dejado de desearla, si es que alguna vez la deseó. La boda fue obligada; su padre decidió casarlo con la heredera de Álvaro Escagüés a fin de hacerse con la propiedad y el próspero negocio de granos de este. Acababa de cumplir los veintidós y no tuvo más remedio que obedecer si no quería verse desheredado y sin un céntimo. A fin de cuentas, se trataba de una transacción: riqueza a cambio de un par de nietos para el irascible viejo, quien jamás había mostrado un ápice de cariño hacia su mujer y hacia su único hijo, y que amenazó con nombrar heredero a un sobrino, algo de lo que era muy capaz. Basilio cumplió con su obligación y desfloró a la joven atemorizada que encontró esperándolo en el lecho cuando por fin se decidió, tras beber más de la cuenta en compañía de los amigos invitados a la boda; la penetró sin una palabra, una caricia, y se quedó dormido de inmediato. Así durante varias semanas hasta que la preñó, luego se trasladó a otra de las habitaciones de la casona de su suegro, y la pareja no volvió a compartir dormitorio. La criatura, un niño, murió a las pocas horas de nacer. Volvió a cubrirla una y otra vez, y así durante varios años, si bien se iba a la casa de la ciudad cada vez que ella quedaba embarazada. Negocios, amigos, amantes y fiestas llenaban su tiempo, y se olvidaba de la esposa. Fallecido su padre, el joven imberbe se convirtió en un hombre atractivo además de rico, tanto, que disponía de harén propio y tenía tres hijos de distintas madres, los tres varones.

El día en que la niña nació, fue directamente al despacho de su abogado nada más llegar a la ciudad, le encargó dispusiera los documentos necesarios para reconocer oficialmente a sus vástagos ilegítimos y se olvidó de la mujer y de la recién nacida.

Elisa creció feliz en El Maizal, cuidada y mimada por su madre, el abuelo y los sirvientes. Tras ser testigo del comportamiento de su yerno, y pese a la insistencia de este, el viejo hacendado se negó en redondo a cederle la dirección de la hacienda. Es más, hizo un nuevo testamento y nombró a la hija y a la nieta únicas herederas del patrimonio levantado a lo largo de su vida, asegurándose de que todo quedara bien atado y de que a ellas nunca les faltara nada. No pensó que podría suceder algo excepcional, pero ocurrió: su hija falleció de fiebres dos años después que él, cuando la niña tenía trece.

En su calidad de tutor, Basilio Azaba se hizo de inmediato cargo de todos sus haberes, semanas más tarde internó a su hija en una institución religiosa y, de nuevo, se olvidó de ella. La reclamó no obstante cuatro años más tarde, a punto de cumplir los diecisiete, y la casó al día siguiente de su llegada con un tipo que le triplicaba la edad y quien, según la Ley, pasó a hacerse cargo de las propiedades de su esposa tras firmar esta unos documentos que no la permitieron leer. El hombre, para más señas antiguo cochero de la finca, «vendió» a su vez dichos bienes al suegro veinte años más joven que él, recibió cincuenta mil reales y marchó a su pueblo. Meses más tarde se supo que había muerto en una reyerta de taberna. La joven perdió todo lo que poseía excepto un pequeño guardapelo de oro con el retrato pintado de su madre y la cadena, que escapó de la rapiña paterna por llevarlo colgado bajo la camisa. El padre, en un gesto de generosidad según él, la permitió permanecer en la finca como moza de cocina, ocupando un cuartucho sin ventana en las dependencias de la servidumbre. También la informó de la conveniencia de no dejarse ver en las zonas nobles de la casa.

Y así comenzó la segunda vida de la niña cuyo esperanzador futuro se hizo trizas tan pronto como se inició.

La muerte de la madre, el verse encerrada en un convento de monjas, además de convertirse en criada en su propia casa de la noche a la mañana y, más aún, el matrimonio con un hombre a quien apenas vio la cara hizo que la otrora alegre chiquilla se transformara en una joven introvertida. Con la mirada casi siempre fija en el suelo, respondía con monosílabos e intentaba pasar lo más desapercibida posible, si bien se olvidaba de su triste sino en la cocina, donde transcurría la mayor parte del día. Aprendía rápido, para gran satisfacción de Feliciano, la guisandera, una mujer mayor, testigo de lo acontecido en el caserón a lo largo de los últimos años, quien la acogió como a la hija que nunca tuvo y la enseñó a limpiar el pescado, a asar el cordero, guisar, elaborar salsas y condimentos, pasteles de riñones, sopas, dulces y mermeladas. No tardó en desenvolverse con comodidad entre pucheros y sartenes y alivió un quehacer que a la mujer mayor comenzaba a resultarle dificultoso debido a la artritis que sufría desde hacía algún tiempo. Pronto acompañaron sus tareas y la discípula se convirtió en las manos de la maestra, añadiendo, además, un toque personal a las recetas de esta última de forma que los invitados no ahorran en alabanzas a la hora de ponderar las excelencias de la mesa del anfitrión. Basilio Azaba entraba a veces en la cocina a felicitar a la cocinera, pero en ningún momento se interesaba por su hija, quien discretamente se eclipsaba en cuanto él aparecía. Nunca le había mostrado cariño, y ella tampoco lo quería. El amor, solía decir su madre, es una planta que solo crece cuando se riega. No pensaba, no quería pensar, y se centraba en lo que más la complacía: hacer pan. Al igual que cuando era pequeña, acudía al maizal, recogía las mazorcas, las ponía a secar en el establo, las desgranaba y molía los granos para elaborar la harina en la que vertía agua y levadura y amasaba hasta lograr una masa suave a la que daba forma de panecillos que iban al horno de leña.

Acompañaba a Feliciano al mercado que se organizaba en el pueblo, a comprar pescado, sal, especias y otros productos que no se daban en la finca y que llegaban al pueblo en carretas desde la ciudad o desde Ayerbe. Entonces no miraba al suelo mientras caminaba; contemplaba los campos, los montes, el río, el cielo, las gentes que se apiñaban en los puestos, los niños que corrían por la plaza, las mujeres que se entretenían junto a la fuente, y durante un par de horas era feliz.

Un día, la cocinera se hallaba ocupada y la mandó a ella sola, fue la primera vez en años que se sintió libre, hasta el punto de que se le pasó por la mente no volver a El Maizal, continuar camino adelante, no mirar atrás, pero no tenía un céntimo, era el administrador de su padre quien se ocupaba de abonar las facturas. Sin dinero, sin conocer a nadie ni tener dónde dormir, se imaginó perdida, desamparada; hizo la compra y regresó a la casa. Las salidas se repitieron no obstante. Demostrado su buen hacer en el trato con los vendedores no hubo razón para que fuera acompañada, y se le encargó la tarea de acudir al mercado con la lista que ella misma redactaba, para asombro de su protectora que no sabía leer ni escribir. Ella había aprendido con una institutriz antes de ser enviada al convento, pero se preparó más y mejor con las monjas, e incluso se le pasó por la cabeza la idea de estudiar y convertirse en maestra aun a sabiendas de que se trataba de un sueño, la educación era cosa de hombres. Las niñas y jóvenes de familias adineradas aprendían con profesores particulares, las demás eran analfabetas, como mucho sabían un poco de catecismo, y empezaban a trabajar cuando aquellas todavía jugaban con sus muñecas.

En el pueblo se conocía su historia, se sabía de su internado, breve matrimonio, expulsión del círculo familiar, su trabajo de cocinera, y no había quien no lamentara que una joven educada

sufriera un destino tan triste. Abuelo y madre habían sido personas respetadas, no así el actual propietario, a quien raramente se le veía, excepto en la iglesia los días festivos y en ocasiones especiales, como el Domingo Rosario, en el que en su calidad de mayordomo de la cofradía dirigía el «releo», la subasta de carne de cordero para contribuir a los gastos del culto y ayudar a los pobres. En dichas ocasiones aparecía junto al alcalde y otros hacendados, no hablaba con la gente y miraba a todos desde su altura. Ahora era el dueño de la mayor empresa de granos de la comarca y de la fábrica de harina, también de la mayor extensión de terreno, y la mitad de la población de la zona trabajaba para él, por lo que no era aconsejable decir nada en su contra, al menos en voz alta. Sin embargo, en el refugio del hogar, junto a la lumbre, se comentaba el maltrato que daba a la hija a quien había robado la herencia con total impunidad, si bien era legal desde el punto de vista de la Ley, que equiparaba a las mujeres con los niños y las personas mentalmente enfermas. Por otra parte, la joven no sería mayor de edad hasta los veinticinco, y era poco lo que podía hacerse en su favor aparte de sentir simpatía por ella.

Con un pañuelo en la cabeza, vestida con falda de estameña a rayas y camisa de lino regalo de Feliciano, ya que no se le había permitido coger nada de la que había sido su habitación, llegaba a la plaza cada jueves, puntual, a las nueve de la mañana, hacía la compra y dedicaba un tiempo a curiosear los puestos de telas, cerámica y bisutería; hablaba con los vendedores y con alguna que otra mujer con la que había llegado a congeniar y estaba de regreso a las doce en punto, justo en el momento en que todos paraban para rezar el Ángelus. Tomó por costumbre desviarse del camino y atravesar el maizal que tan buenos recuerdos le traían de cuando acompañaba al abuelo a comprobar que los brotes crecían bien, rectos, en línea; de cuando jugaba a esconderse entre las

plantas o ayudaba en la recogida. Disfrutaba allí sola, sintiéndose cual protagonista de los cuentos que su madre le leía de niña, esperando ver aparecer un hada madrina o una carroza de calabaza, queriendo creer que también a ella le ocurriría algo prodigioso que cambiaría su vida. Nada había variado en los dos años que llevaba de criada en su propia casa, pero aquellos minutos entre las mazorcas iluminadas por el sol del verano le daban fuerza para continuar soñando en el ansiado cambio, que llegó, pero no como ella esperaba.

Un jueves de finales de agosto no apareció a la hora acostumbrada, pero Feliciano no se preocupó demasiado; el día había amanecido radiante, el sol apretaba, y pensó que se habría entretenido con Marcela, la mujer del herrero, quien la había tomado cariño. Sabía lo mucho que la joven disfrutaba con aquellas escapadas, no había más que verla a su vuelta, los ojos brillantes, la sonrisa en los labios, pero comenzó a inquietarse al no aparecer a la hora de comer. A media tarde salió a buscarla; recorrió la distancia hasta el pueblo sin dejar de mirar a derecha e izquierda, llamándola a voces, pero los campos estaban vacíos a la espera de la siembra del otoño, y sus llamadas no obtuvieron respuesta.

Sí, Elisa había estado en el mercado, la informó su amiga; habían charlado como siempre y comido unos barquillos, se habían despedido como de costumbre, media hora antes del Ángelus cuando la joven emprendió el regreso. Alarmadas, ambas mujeres salieron en su búsqueda; la buscaron hasta la caída del sol, pero no encontraron rastro de ella. La cocinera volvió a la casona para avisar al amo, mientras la otra alertaba a los vecinos. La noche se iluminó con faroles y antorchas, y partidas de hombres con perros de caza buscaron a la desaparecida. No la encontraron.

Basilio Azaba no se movió, se limitó a enviar a varios de sus hombres, más que nada porque no quería que se hablara mal de él, pero le traía sin cuidado lo que hubiera sido de ella, era un estorbo y, peor aún, un recordatorio de su mal proceder con la única y legítima heredera de El Maizal. Con algo de suerte se habría marchado y no volvería a verla, o quizás le había dado un golpe de calor y estaba tirada por ahí. Notó algo en el pecho al pensar en esta última posibilidad, a fin de cuentas era hija de su sangre, y muy bonita, por cierto, aunque se pareciera demasiado a su madre, la joven de grandes ojos, talle fino y cabellos castaños a quien había desvirgado sin delicadeza alguna. Podría haberla casado con cualquier hombre, joven o viejo, de los muchos que conocía en la ciudad, pero en todos veía su misma ambición y no estaba por la labor de tener un yerno igual a él. Además, los nietos no llevarían su apellido. En fin, se dijo, la vida era una batalla en la que ganaba el más fuerte, el resto eran meras ovejas del rebaño destinadas a procrear más ovejas para acabar luego en el matadero; sus vástagos, en especial el mayor, le darían herederos, y su imperio no dejaría de crecer.

A media mañana del día siguiente a su desaparición, un labrador la encontró en el maizal. Le llamó la atención la bandada de cuervos que sobrevolaba en círculos y pensó que quizás habría allí una res muerta. Su sorpresa y horror fueron enormes al descubrir a la joven medio desnuda y ensangrentada; la cubrió con su chaqueta, fue a dar aviso, y al rato los sirvientes de la casona la transportaban inerte, pero con vida. Feliciano, con los ojos empañados, les ordenó llevarla a su habitación, más espaciosa e iluminada que el cuchitril en el que la joven dormía. Uno de los empleados aparejó un caballo y regresó al poco con el médico del pueblo, quien dictaminó que había sido violada repetidamente y que había perdido mucha sangre. Recetó miel y tisanas de manzanilla, romero

y menta para paliar de alguna forma su debilidad y recomendó reposo. La mujer, ayudada por una de las criadas, la lavó y aplicó en su naturaleza herida una pomada de caléndula que guardaba para posibles quemaduras. La puso un camisón de franela, y con una cuchara intentó que tomara un poco de caldo de gallina sin conseguirlo. Pasó toda la noche a su cabecera maldiciendo al hombre o a los hombres que habían destrozado a aquella criatura indefensa a quien habían robado lo único que le quedaba, la honra.

Elisa se recuperó, y en un par de semanas estaba de nuevo en la cocina, aunque solo era una sombra de lo que había sido en los últimos meses; su sonrisa desapareció, y se limitaba a afirmar o negar con la cabeza, sin soltar palabra, cuando alguien se dirigía a ella. No volvió al mercado, tampoco al maizal, y dejó de hacer pan; ni siquiera se dio cuenta de que estaba embarazada, fue Feliciano quien lo descubrió. La mujer decidió compartir su cuarto con ella tras el terrible suceso, pues pensó que el cuchitril en el que pernoctaba no era el lugar apropiado y, por otra parte, así podía vigilarla en todo momento, velar su sueño en ocasiones agitado, hablarle, aunque ella no respondiera. Advirtió que su vientre había adquirido volumen pese a alimentarse como un pajarillo, hizo cuentas y no lo dudó: su protegida estaba embarazada de unos tres meses. Se le pasó por la cabeza darle caldo de borraja o introducir apio y perejil en su naturaleza, pero luego lo pensó mejor; el aborto estaba castigado con la cárcel, incluso con la muerte, tanto para la malparida como para quien lo provocaba. Por otra parte, quizás aquella nueva vida en su interior le diera la fuerza que necesitaba. También se planteó la cuestión de cómo decírselo al señor, y de cómo reaccionaría este al saber que su hija pariría a un bastardo.

Tras darle vueltas, tomó una decisión. Antes o después tendría que marcharse; sus movimientos eran cada vez más torpes,

y pronto no podría valerse de las manos al menos para cocinar; la echarían, de eso estaba segura, el amo no tenía piedad. En los años que llevaba en la casa, casi toda su vida, había visto de todo. El anterior señor se preocupaba de las viudas de sus trabajadores, de los huérfanos, de los accidentados, y creó un montepío a fin de que no les faltara techo y comida llegado el momento, pero este había eliminado las ayudas en cuanto se hizo con la propiedad. Es más, prescindía de cualquier empleada gestante, de los operarios con enfermedades largas o heridos de gravedad, y no le cabía la menor duda de que expulsaría a su hija sin preocuparse por lo que pudiera ocurrirle. Unos días más tarde, al amanecer, recogió sus pocas pertenencias y los ahorros que había ido guardando en una caja bajo su cama, asió a la joven de la mano, y ambas se marcharon de El Maizal.

La desaparición de la guisandera y de su ayudante provocó un pequeño revuelo cuando, pasado el mediodía, la criada encargada de servir las comidas encontró la cocina vacía y los fuegos sin encender y acudió con presteza a informar al amo. Basilio Azaba soltó un exabrupto y dio un puñetazo en la mesa de su escritorio, aterrorizando por igual a la moza y al secretario, quien en esos momentos se hallaba redactando un contrato con una importante empresa de exportación de granos y a cuyo dueño se esperaba aquel día, precisamente a comer. Nadie tenía idea del menú previsto y menos de los ingredientes, verduras, pescado, carne, postres, así que se envió a dos hombres con un carro a la taberna del pueblo. El empresario no llegaba solo; lo acompañaban su esposa, el responsable de ventas y el contable, y no era cuestión de servir unos huevos fritos. Los hombres regresaron con una olla de sopa de cebolla, otra de carne guisada y una fuente de manzanas

cocidas, el menú previsto para la docena de comensales que a diario acudían al local. En un principio, el dueño se negó a entregarles las raciones dispuestas para aquel día, pero lo hizo ante la amenaza de ver su negocio arruinado, y otras cosas peores. No era un banquete digno de sus invitados, pero no quedaba otra. El anfitrión adujo su deseo de agasajar a los invitados con productos típicos de la tierra y respiró aliviado al comprobar que estos parecían apreciar unas viandas bien cocinadas, aunque desde luego impropias de su mesa.

Al día siguiente contrató a una nueva cocinera y dio por finalizado el asunto, incluso se alegró de no tener a su hija bajo su techo, para él había dejado de existir. Ya no tendría remordimientos de conciencia y, mejor todavía, no correría el riesgo de que pudiera emprender algún tipo de reclamación contra él una vez cumplidos los veinticinco. La tramitación de la «venta» de su herencia no había sido trigo limpio, y un buen abogado podría demostrarlo. Para celebrar la nueva situación, se trasladó a la ciudad y pasó la noche con su última amante.

Feliciano y Elisa tardaron varias jornadas en llegar a Buisán, de donde era originaria la primera, una pequeña aldea de apenas una veintena de habitantes, rodeada de bosque en las estribaciones del Pirineo oscense. Allí, en la vieja casa de piedra y pizarra de sus antepasados, que todavía seguía en pie si bien en un estado ciertamente calamitoso, las dos mujeres iniciaron una nueva andadura. Los vecinos no preguntaron, las ayudaron a instalarse y les proporcionaron mantas, leña, leche, miel, queso, alubias, carne de cerdo adobada y tocino, contentos de ver su número aumentado, en especial con la criatura que crecía en el vientre de la joven, la primera en años. Mozos y mozas se marchaban del lugar en

cuanto tenían edad para trabajar con la promesa de regresar en cuanto hubieran reunido unos ahorros, pero los abuelos morían, los padres envejecían, y nadie volvía.

En un par de semanas, retejada la cubierta, limpia la chimenea y con muebles y enseres aportados también por los vecinos, de nuevo se escucharon voces en la casa, humeó la chimenea, y la luz de las velas iluminó el interior a la puesta del sol. Entre las dos desyerbaron la pequeña huerta anexa, en la que plantaron acelgas y repollos, cebollas, ajos y calabazas, y adquirieron una oveja a un pastor que iniciaba la ruta de las cabañeras en dirección a tierras del Ebro antes de que cayeran las nieves, cuya espesa capa ocultaba los caminos. No necesitaban mucho y, en previsión de los fríos por llegar, habilitaron el espacio de la cocina, cama incluida, y dejaron que la oveja viviera con ellas como un perro amaestrado. Tampoco les costó mucho conseguir lana que hilaban en la destartalada rueca encontrada en el sobrado y con la que tejían calcetines, toquillas, camisetas y, sobre todo, ropa para el bebé que nacería con la primavera.

Y lo que parecía imposible ocurrió. Elisa salió de su abstracción, recobró el peso perdido y la sonrisa volvió a su rostro para alegría de Feliciano, muy satisfecha consigo misma por haber tenido buen acierto al decidir abandonar la hacienda. En cuanto la luz del día declinaba, junto al fuego, mientras ambas tejían, la mujer recuperaba memorias de su infancia, allí en Buisán, y narraba a quien ya consideraba hija propia antiguos dichos, leyendas, costumbres de una tierra tan hermosa como dura.

Le habló de las tres hermanas, o Treserols como las llamaban, tres jóvenes que se unieron a los guerreros extranjeros que habían matado a todos los habitantes del pueblo y fueron maldecidas por el espectro de su padre transformándolas en montañas; del gigante Silbán enamorado de una zagala, quien respondió a su amor

acabando con él con un cántaro de leche envenenada; de la «flor de las nieves», la más hermosa del mundo, una estrella que una noche dijo a la Luna que tenía envidia de la Tierra, de los seres humanos y de los animales, y el astro la transformó en una flor blanca y la plantó en la cima de los Pirineos, si bien la condenó a vivir siempre sola, con las rocas y el hielo como únicos acompañantes. Y también la habló de Bosnerau o Basajarau, el señor de los bosques, que silbaba para alertar a los pastores de la llegada de la tormenta o de los lobos y que enseñó a los seres humanos a trabajar la madera, a fundir el hierro y a cultivar los campos. «Al brotar la hoja, siémbrese el maíz; al caer la hoja, siémbrese el trigo», añadía sin darse cuenta del gesto compungido de la joven al escuchar el nombre de la planta testigo de su feliz infancia y de su mayor angustia.

Nunca hablaba de ello, aunque su bienhechora dejara caer de vez en cuando alguna pregunta sobre lo ocurrido; sonreía y cambiaba de tema como si la cosa no fuera con ella. Pero no había olvidado el rostro amable que la saludaba en el mercado y que en una ocasión había recogido la naranja que se le cayó del cesto; era la primera vez que tenía tan cerca a un mozo más o menos de su edad, y se ruborizó. No se dio cuenta de que él la siguió durante el trayecto de vuelta. La alcanzó en el maizal, le dijo que le gustaba desde la primera vez que la vio en el pueblo e intentó besarla. Ella le dio un empujón y salió corriendo, pero la alcanzó enseguida, y lo que siguió se convirtió en una pesadilla que la despertaba en medio de la noche, aunque se durmiera de nuevo al sentir a su lado el generoso cuerpo de Feliciano y sus ronquidos, como ronroneos de gato. Tampoco había olvidado cómo él la tiró al suelo, le arrancó las ropas y le hizo daño mientras la manoseaba con una mano y con la otra le tapaba la boca para que no gritara, hasta que dejó de resistirse y perdió el sentido. Lo último que vio fueron las

hojas del maíz mecidas por la cálida brisa del verano. Lo intentaba, pero le resultaba imposible no recordar y rogaba para que la criatura que crecía en su interior no tuviera los ojos de su violador, de un extraño color azul brillante difícil de olvidar.

La niña nació a mediados de mayo, cuando los campos reverdecían y los rebaños de ovejas retornaban a los prados altos; Elisa los veía pasar, su hija en brazos, sonriendo. Por primera vez en mucho tiempo era feliz; atrás quedaban el dolor por la muerte de la madre y el desamor del padre, la angustia, el miedo. Ya no era una pesadilla la que la despertaba en medio de la noche, sino la pequeña que reclamaba su leche. Tardó en decidirse por un nombre, tanto, que el cura que recorría las aldeas del valle a lomos de una mula, a fin de atender las necesidades espirituales de sus habitantes, la advirtió de que la ira de Dios caería sobre ella si la criatura moría sin haber sido cristianada. Finalmente, se decidió por Aurora, pues había nacido en el amanecer de un día luminoso. El sacerdote propuso Petronila, por ser la del bautizo la fecha de la santa del mismo nombre, pero no cedió. Y volvió a amasar pan de maíz con el grano que le traía el hijo de su vecina más cercana.

Pronto no fue un secreto para nadie en la aldea que Bizén Albar, en su treintena y soltero, de oficio leñador, la cortejaba, si bien lo cierto era que no había ninguna otra mujer joven a quien rondar. El hombre era parco, o más bien un gran tímido, incapaz de decir más de dos palabras seguidas. A veces dejaba un saco de grano a la puerta de la casa y se marchaba sin esperar; otras, se encontraban cara a cara, y balbuceaba un hola y adiós, que a ella le provocaba una sonrisa. Tardaron meses hasta mantener una conversación, aunque en dicha ocasión fue ella quien habló, necesitada de contar los avatares de su vida a alguien que no fuera

Feliciana. Tras relatarle cómo había llegado su hija al mundo, él se despidió de forma brusca, y ella supuso que no volvería a verlo, pero regresó al día siguiente con un saco de maíz y otro de trigo. Aparecía por la casa con cualquier disculpa y nunca llegaba con las manos vacías, ora unas manzanas, ora ramitos de manzanilla, romero, árnica... En ocasiones incluso con una carreta de leña para varias semanas. Le pidió matrimonio un año después del nacimiento de Aurora, y ella aceptó.

El enlace tuvo lugar un soleado domingo de finales de septiembre. Tras la ceremonia, celebrada después de la misa de ocho de la mañana ya que el cura debía officiar en el resto de las localidades del Ballibió, o valle de Vió, y a la espera del banquete nupcial, Bizén aupó a Elisa a la grupa de su yegua, su más preciada propiedad. Juntos cabalaron por el bosque de la Pardina Ballarín, entre hayas, abetos quejigos y fresnos cuyas tonalidades en otoño en nada envidiaban a las de la paleta de un artista. Se cruzaron con familias de jabalíes, escucharon a lo lejos la berrea de los ciervos macho disputándose el favor de las hembras, y regresaron cuando parientes e invitados empezaban a dar muestras de nerviosismo por su tardanza. Fue la primera vez que disfrutaron de unas horas a solas, sin testigos; no hablaron, caminaron algunos trechos y se besaron, también por vez primera. Cuando los convidados, todos los vecinos y vecinas del pueblo, achispados y contentos, se despidieron ya entrada la noche, ellos se retiraron a la habitación acondicionada, contigua a la cocina donde dormían Feliciana y la niña, y se durmieron cogidos de la mano en el gran lecho fabricado para sus propios esponsales por el difunto padre del novio, regalo de bodas de la madre al hijo y a la nuera.

Y la vida continuó su rumbo sin sobresaltos en aquel lugar oculto entre montañas y bosques, donde hombres y mujeres se levantaban al amanecer y trabajaban durante las horas de luz

para reunirse junto a la lumbre en cuanto anochecía y evitar así malos encuentros con las almas en pena que, decían, recorrían los lugares en busca del perdón por sus malas obras y del descanso eterno. También hubo cambios en la vieja casa; Bizén se dedicó a transformarla en un hogar cuando no lo ocupaba la tala y el acarreo de troncos. Buen albañil y mejor carpintero, reconstruyó el interior, mejoró la habitación de matrimonio, hizo una nueva para la dueña y la niña, e instaló sendas estufas de leña en ambas a fin de sobrellevar el frío durante los largos meses del invierno. La cocina continuó siendo el lugar donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo, y un banco corrido forrado con almohadones de lana ocupó el lugar de la cama. Una vaca lechera, tres ovejas más, la yegua y un mastín del Pirineo llenaron el pequeño establo.

Feliciano daba gracias al cielo por la ventura de envejecer en la tierra de sus mayores, se notaba más torpe a cada día que pasaba, le dolían los huesos y apenas podía mover los dedos de las manos pese a bañarlas en leche fría y caliente y tomar tisanas de sauce blanco. De todos modos, todavía lograba asir una escoba y también el cucharón para revolver sopas y guisados, incluso conseguía ordeñar a la vaca, pero sabía que el tiempo se le acababa. Su único deseo era no ser una molestia, y que aquellos dos seres solitarios que se habían encontrado por azar tuvieran hijos que se ocuparan de ellos cuando les llegara el momento. Dos años después de su boda, una noche en que el viento hacía temblar la techumbre y Aurora dormía en su regazo, junto al fuego, le anunciaron que esperaban un hijo, lo hicieron con timidez, como si les diera vergüenza, y su respuesta fue un ruidoso llanto emocionado que dejó a ambos muy sorprendidos y despertó a la niña.

A Elisa le llevó algún tiempo entender que el matrimonio no consistía solo en dormir juntos. Cada noche, al acostarse, cuando Bizén intentaba acariciarla, le daba la espalda y se encogía cubriéndose con los brazos a modo de caparazón. No podía evitar recordar lo ocurrido en el maizal y sentía verdadero terror ante la idea de tener que pasar por lo mismo. Él no decía nada, ni un reproche, ni una mala palabra; suspiraba y se dormía a la espera de que por fin un día ella cediera. Conocía su terrible experiencia y por nada del mundo deseaba forzarla, pero era un hombre todavía joven necesitado de algo más que de un cuerpo a su lado al que ni siquiera podía acariciar, pues se cerraba a su contacto como algunas flores al llegar la noche.

No era mucha su relación con mujeres, pero alguna tenía, de cuando un par de uniformados llegaron a la aldea y se los llevaron a él y a otros tres a cumplir el servicio militar en la ciudadela de Jaca. Ninguno de ellos disponía de los seis mil reales para la redención, ni de medios para conseguirlos mediante un préstamo hipotecando casas y terrenos agrestes que a nadie interesaban. Tampoco tenían la posibilidad de pagar a otros para la sustitución, puesto que el resto de los veinteañeros del valle se encontraba en idéntica situación. De todos los privilegios de las clases ricas, aquel era el más sangrante, el que obligaba a ocho años de servicio obligatorio a los pobres. De los cuatro, dos murieron en la guerra de Marruecos, el otro durante la epidemia del cólera. Él tuvo suerte, fue destinado a la brigada de remodelación del fuerte gracias a su destreza en materia de carpintería. Y fue allí, en Jaca, donde a cambio de unas monedas descubrió el placer del sexo con una lavandera, y con alguna otra después. Aquellos raros momentos de asueto que le eran permitidos dejaban en él una sensación de desahogo, pero también de ansiedad por regresar a su casa, encontrar una compañera y tener hijos con ella. Creyó haberla encontrado

cuando ya había perdido toda esperanza y pensaba trasladarse a Huesca quizás, o a cualquier otra población grande. La mujer joven, embarazada, de mirada triste, lo atrajo como un imán desde el instante en que la vio, más aún al saber que no tenía hombre y todavía más al enterarse por ella misma de las circunstancias que la habían llevado a Buisán. Deseaba protegerla, amarla, cuidarlas a ella y a su hija, pero tras casi dos años de matrimonio, no estaba seguro de haber tomado la decisión acertada y tendría que resignarse a una existencia en la que al menos no estaría solo.

El motivo por el que Elisa acabó aceptándolo no fue porque hubiera olvidado su rechazo a que un hombre, cualquiera, la poseyera de nuevo. La razón fue el gran respeto que él la había mostrado desde la misma noche de bodas sin hacer valer sus derechos como marido. En una ocasión, cuando tenía diez o doce años, escuchó sin querer una conversación en la que, bastante agitada, su madre le contaba al abuelo la dura relación que mantenía con su esposo, empeñado en tener un hijo. No entendió mucho de lo que decían, pero sí le quedó claro que ella sufría por lo que llamó «un deber obligado por la fuerza». El abuelo por su parte trataba de calmarla hablando de paciencia y, sobre todo, de la necesidad de un heredero varón en la familia, si bien notó que a partir de entonces las relaciones entre ambos hombres dejaron de ser cordiales. Se preguntó entonces si ella no contaba; tuvo la respuesta cuando su padre la envió al convento, la casó con un desconocido y se apropió de su herencia. Sin embargo, Bizén adoraba a Aurora, jugaba con ella, le fabricaba juguetes de madera, la llevaba a hombros, y la niña respondía abrazándose a su cuello y llamándole *pai*. Y luego estaba la forma en la que él se desvivía para que Feliciano y ella vivieran a gusto, ocupándose de la casa y de los animales, o trayéndoles dulces y piezas de tela cuando se acercaba a Aínsa con una carga de troncos. Y también en cómo la miraba, sonriente a veces, suplicante otras.

Yació con él al siguiente día de producirse un alud en la zona boscosa en la que trabajaba y ser dado por muerto. Se le cortó la respiración al conocer la noticia y lamentó ser viuda sin haber sido esposa; no le había dado nada a cambio de sus desvelos, sus muestras de cariño, su presencia, de que le hubiera devuelto de alguna forma la honra perdida. Lloró al verlo aparecer a la mañana siguiente, cubierto de nieve, la barba escarchada, el hacha al hombro. No pudo evitarlo. Corrió hacia él, lo abrazó, lo besó sin recato delante de los vecinos, y aquella misma noche él la hizo suya y pudo, por fin, dar rienda suelta a un deseo largamente ansiado. Ella lo dejó hacer sin sentir nada, salvo el placer de saberse querida en brazos de un hombre honesto.

Aunque duró varias horas, el nacimiento del niño fue rápido y sin problemas debido a que el camino ya estaba hecho, según la suegra, quien la ayudó a parir con el apoyo de otra mujer y con Feliciano a modo de consejera. Mientras, el padre, dos de sus hermanos, la cuñada y un vecino que se apuntó a la vela se bebían una garrafillo de licor de endrinas y daban buena cuenta de la empanada de miel y nueces que ella había cocinado justo antes de empezar a sentir las contracciones. Al igual que había ocurrido con Aurora, los padres tuvieron que insistir para que la criatura fuera cristianada con el nombre de Úrbez en lugar de Urbicio como el cura pretendía. Lo lograron, pues el santo era venerado en toda la comarca con su nombre original.

Otro hijo más llegó apenas un año más tarde, si bien en este caso el sacerdote no cedió y lo bautizó Antonio. Nadie se dio por aludido, y todos en Buisán lo llamaron Antoi desde el principio. Y otro más, trece meses después, que murió a poco de nacer. Tres embarazos en tres años eran demasiados en opinión de las mujeres

de la aldea. Ciertamente que la parida no tenía leche para amamantar a las criaturas, y ello facilitaba las preñeces, pero también lo era su endeble constitución y la falta de fuerzas incluso para sostener a sus hijos en brazos.

Sin ponerse de acuerdo, cada una por su cuenta, tanto la madre de Bizén como Feliciano hablaron con él advirtiéndolo sobre el peligro que ella corría de seguir quedándose embarazada con tanta celeridad. Por su parte, su hermano mayor le puso en la mano una vaina de intestino de cerdo estirado y lubricado con aceite, con una cinta azul en su extremo, «para que la ajustes a tu medida», lo informó en un aparte, añadiendo que debía limpiarlo con leche caliente después de usarlo y que le diría dónde encontrar más si le hacía falta. Se lo dijo en voz baja, temeroso de que alguien lo oyera; la Iglesia prohibía el uso de cualquier medio que impidiera la procreación pues iba en contra de la Ley de Dios. Quizás porque la quería y era consciente de su débil estado, no había más que ver su palidez y extrema delgadez, o porque lo asustaba la idea de quedarse viudo con tres niños pequeños, cesó en sus requerimientos, ni siquiera intentó utilizar el intestino de cerdo, y Elisa se recuperó poco a poco. Pero ya nada fue igual; dejaron de ser amantes, y su relación pasó a ser la de un par de amigos que se apreciaban y respetaban.

Así las cosas, cinco años más tarde, el valle sufrió un invierno como no se recordaba en mucho tiempo. Nevadas y celliscas se alternaban sin dar un respiro a los habitantes quienes, aunque acostumbrados al frío extremo durante meses, procuraban no aventurarse fuera de las casas más de lo necesario, e incluso los animales, vacas, ovejas, cerdos y perros, se apiñaban juntos en un rincón del establo para darse calor. Los ríos se desbordaron con la llegada de

la primavera, y Bizén partió entonces para unirse a otros navateros de la sierra que transportaban los troncos talados en otoño por el Zinca hacia el Sur, un medio veloz si bien peligroso dado que las aguas bajaban revueltas, y ninguno de ellos sabía nadar. Lo hacía desde su vuelta del servicio militar, y era considerado el mejor de los barranquiadores entre sus compañeros. Besó y abrazó a su mujer, hijos, madre, hermanos, y se despidió con la promesa de regresar con regalos para todos ellos, pero no volvió. Uno de los hombres que lo acompañaban les comunicó que los troncos de su navata se habían separado en las proximidades de Barbastro, y que los cuatro hombres que la controlaban habían caído al agua; tres fueron rescatados, pero no encontraron rastro de él.

Al dolor por la pérdida del hombre bueno que le había devuelto las ganas de vivir hubo de añadirse la de Feliciano. La mujer había pasado el invierno en la cama, el cuerpo agarrotado, la cabeza desorientada, atendida en todo momento por Elisa y por Aurora, quien a punto de cumplir los once se desenvolvía con soltura en la cocina y mantenía un ojo vigilante en sus hermanos a los que regañaba y obligaba a comer como si fuera una persona mayor. Su madre sonreía divertida y la llamaba «mandona», pero le agradaba ver que su hija tenía el carácter que a ella le faltaba; de haberlo tenido tal vez todo habría sido diferente. La vida era dura para los desafortunados de cualquier clase, más todavía para las mujeres, obligadas a trabajar, obedecer, parir y servir, incluso para aquellas que gozaban de buena posición y no precisaban ganarse el sustento; su propia madre había sido un ejemplo, y ella también. Aurora era diferente, tenía temperamento y no se dejaría amilanar, aunque en ocasiones no pudiera evitar un sobresalto cuando le miraba directamente a los ojos, de un azul extrañamente brillante, y recordaba una angustia que era incapaz de borrar de su mente.

Y como las penas nunca llegan solas, dicen, meses después de la desaparición de Bizén, su mujer e hijos se vieron obligados a abandonar el hogar que los había cobijado. Un sobrino segundo de Feliciano que vivía en Fanlo reclamó la propiedad, dándoles un mes para desalojar la vivienda. Ni la intervención del cura, ni la de varios vecinos sirvió de nada; el único documento existente, un testamento del bisabuelo del demandante, estipulaba con claridad que el dominio volvería a la rama segunda de la familia de no haber herederos en la primera, y no los había. Elisa pidió ayuda a su suegra y cuñados, pero estos habían perdido durante las nieves los cultivos de invierno, así como la mitad del ganado, y cuatro bocas más eran demasiadas. No obstante, y para que nadie en la aldea los señalara con el dedo, el hermano mayor del desaparecido consiguió para su cuñada un trabajo en «El Bucardo», un pequeño local de comidas situado en Biescas, a dos horas de distancia en carreta, a cuyo dueño conocía. La pareja propietaria tenía ya una edad, y los hijos hacía tiempo que se habían marchado a trabajar a la capital. Les vendría bien una ayuda, aseguraron, y no pusieron pegas para aceptar también a la hija, aunque dejaron claro que esta no cobraría una peseta por jornada trabajada, como la madre; techo y comida eran suficientes para una chiquilla. Úrbez y Antoi permanecieron en Buisán, con su abuela y tíos, dispuestos estos a criarlos como propios ya que solo tenían hijas. Con lágrimas en los ojos, el corazón roto, Elisa abandonó la aldea prometiendo a sus pequeños regresar en cuanto le fuera posible, a sabiendas de que era una promesa difícil de cumplir.

Lugar de paso hacia las fuentes de Panticosa, la llegada a Biescas de carruajes y carros de viajeros era continua desde la primavera hasta finales del mes de septiembre. La fonda estaba abierta todos

los días de la semana, y los dueños no tardaron en acostumbrarse a que la mujer y la hija hicieran el trabajo que antes hacían ellos: cocinar, servir, fregar, limpiar... todo menos cobrar a los clientes y adquirir el género necesario, que apenas variaba de un día para otro. Sin embargo, la nueva cocinera logró lo que parecía inverosímil, que la mesa larga y las otras cuatro más pequeñas de El Bucardo se vieran ocupadas mañana y tarde. Migas, ternasco, bacalao ajoarriero, chiretas, empanada, salmorejo, borraja con patatas, cardo con almendras, además de guisos, hojaldres rellenos, natillas y otros dulces hacían la delicia de los comensales y llenaban la caja de los dueños, si bien ella seguía cobrando una peseta diaria. Aurora recibía algún que otro céntimo de propina, pues servía y retiraba los platos con presteza, siempre sonriente. Ambas se acostaban agotadas en la cama que compartían en la buhardilla de la vivienda de sus patronos situada encima del local, un cuarto con un ventanuco en el tejado, un arcón y una jofaina para el aseo, y únicamente salían a la calle los domingos y festivos a misa de ocho, volviendo al trabajo de inmediato.

En los cuatro meses que llevaban allí, no habían podido acercarse a Buisán, y solo en una ocasión recibieron la visita del cuñado y tío, quien las informó de que los niños estaban bien, poco más. Elisa esperaba conseguir unos días de descanso tras la temporada de baños y la correspondiente ausencia de clientes y, entre tanto, ahorra lo que ganaba con el único anhelo de tener suficiente para regresar a la aldea y alquilar un lugar donde vivir con sus hijos. De hecho, su único gasto había consistido en una bata y unas alpargatas para Aurora, que compró a un vendedor ambulante que entró en la fonda a comer y de paso a ofrecer la mercancía. Sus planes se truncaron un anochecer, a mediados del otoño, con la llegada de cuatro hombres armados que entraron en el local cuando ya no quedaban clientes y pidieron de comer y de

beber, sobre todo de beber. Temerosa de lo que pudiera ocurrirle a la niña, ella misma les sirvió y aguantó comentarios obscenos ante la inacción de los dueños, quienes permanecían en un rincón a la espera de verlas venir, más preocupados por la caja del dinero que por el riesgo que corría su empleada.

Los recién llegados, antiguos milicianos carlistas que sobrevivían con el contrabando eran algunos de los muchos que se movían por la zona, escondiéndose o enfrentándose a tiros con los carabineros. No era la primera vez que se les veía por allí, pero nunca tan alborotadores. En otras ocasiones habían comido y se habían marchado sin pagar, pero esta vez no parecían tener prisa y sí intención de esperar a que amaneciera antes de proseguir hasta la frontera; además, iban poniéndose cada vez más eufóricos a medida que transcurría la noche. Los dueños se escabulleron a casa de un vecino, Elisa envió a su hija a la buhardilla e intentó desaparecer ella también, pero no hubo manera, y se encontró sola en compañía de cuatro borrachos, que no dejaban de decirle obscenidades.

Habían transcurrido casi trece años desde lo ocurrido en el maizal, e incluso había logrado no pensar en ello, pero la visión de su violación se presentó de súbito, como si hubiera tenido lugar días antes, y apretó los puños. Ya no era una jovencita asustada, era una mujer, madre de tres hijos, endurecida por el trabajo en el campo y en la fonda; se defendería y defendería a su niña. Con la disculpa de ir a la cocina en busca de una garrafa de aguardiente, cogió un cuchillo cebollero y lo ocultó en un bolsillo bajo el delantal.

Pasada la medianoche, no parecía que las cosas fueran a ir a mayores. Dos de los hombres se quedaron dormidos, uno de ellos despatarrado en pleno suelo, mientras los otros dos discutían sobre el acierto o no de haberse alistado en un bando perdedor que,

por ende, había defendido los derechos de un rey que no lo era..., y aunque lo fuera. Los reyes, sus ministros y generales eran toda una caterva de sinvergüenzas que se enriquecían con la sangre del pueblo, aseguró uno, y el otro respondió soltándole un guantazo en plena cara. Instantes después se hallaban enzarzados en una pelea a puñetazo limpio que ganó el protestón, pues su adversario acabó junto al despatarrado, momento que Elisa aprovechó para intentar salir del comedor. No lo logró. Antes de llegar a la puerta, el ganador de la trifulca la había agarrado por la cintura e intentaba levantarle la falda al tiempo que farfullaba que iba a mostrarle lo que era un macho de verdad; sacó el cuchillo, se giró y se lo clavó en la garganta. Aterrorizada, contempló cómo el hombre se echaba las manos al cuello, la miraba estupefacto y se derrumbaba junto a sus compañeros. Sin pensarlo demasiado, subió a la buhardilla, cogió los ahorros, ordenó a Aurora que se abrigara bien, ella hizo otro tanto, y ambas salieron de la posada y tomaron el primer camino que encontraron.

Llegaron a una aldea no más grande que Buisán con las primeras luces del alba. Ateridas por las bajas temperaturas, presagio de un invierno duro, aunque todavía faltaran semanas antes de las nieves, permanecieron junto al lavadero sin saber qué hacer hasta que una vecina las vio y las invitó a entrar en su casa. Unos leños ardían en la chimenea, y sin casi darse cuenta se aproximaron a ella y se sentaron en un banco corrido colocado a un lado. Al poco tenían entre las manos sendos cuencos de leche caliente con miel que las hizo entrar en calor. No tardaron en quedarse dormidas, la una apoyada en la otra, y la mujer las cubrió con una gruesa frazada de lana. Elisa fue la primera en abrir los ojos y tardó unos instantes en ser consciente de dónde se encontraba; no se movió para no despertar a su hija; cuanto más descansada estuviera, más aguante tendría para proseguir el camino.

Con la mirada fija en la olla que colgaba de un gancho sobre el fuego, en la que hervía una sopa de verduras cuyo olor le recordó que llevaban horas sin probar bocado, se preguntó en qué lugar estarían, si bien esperaba encontrarse en el camino hacia casa. Durante el trayecto que las llevó a Biescas, en la carreta de su cuñado, habían pasado por cuatro o cinco pueblecitos, y probablemente aquel era el anterior; de ser así, calculó que todavía deberían de andar un par de horas más. Por un momento, imaginó lo que sería el encuentro con sus hijos; los veía correr hacia ella dando gritos de alegría, y ella los abrazaba y les juraba que jamás volverían a separarse. La ensoñación duró un suspiro. La imagen del borracho que intentaba forzarla y a quien había asestado una puñalada apareció ante ella cual espíritu de ultratumba, y soltó un grito que despertó a la niña.

Orosia, la samaritana que las había acogido y que de alguna manera le recordaba a su añorada Feliciano, las informó de que se hallaban en Piedrafita, en la vía a las fuentes de Panticosa; que recibían multitud de visitas de la primavera al otoño, pero que desconocía la existencia de un lugar llamado Buisán. Ballibió le sonaba, pero el valle se hallaba hacia el este; tendrían que volver a Biescas a fin de coger la ruta desde allí, y se anunciaban lluvias. Al observar su gesto entristecido, la mujer le ofreció cobijo a cambio de ayuda; sus hombres, marido y dos hijos, trabajaban en el balneario y pasaba días, semanas durante la temporada de baños, sin verlos. A ella le tocaba ocuparse de la casa y del establo, demasiado trabajo para una mujer sola, por lo que agradecería un poco de compañía, aunque no podría pagarle. No tuvo que meditarlo mucho; era arriesgado echarse al camino con mal tiempo, y estaban cansadas, así que aceptó el ofrecimiento.

La sangre se le heló en las venas dos días más tarde al ver aparecer a los milicianos de la fonda. Los vio detenerse en el abrevadero

situado frente a la casa a dar de beber a los caballos mientras vigilaban a su alrededor, armas en mano. Sintió una especie de alivio al descubrir entre ellos al hombre a quien creía muerto y que lucía una venda prietamente atada al cuello; al menos no tendría que vivir con remordimientos por haber asesinado a un ser humano, por muy miserable que fuera. Notó que le flaqueaban las piernas cuando él y otro se dirigieron hacia ella y le preguntaron si había por allí alguna taberna; respondió que no con un gesto de cabeza, se apresuró a recoger el carbón que llevaba en el delantal y que se le había caído al verlos y entró en la vivienda. Ambos la siguieron, y creyó llegada su hora, pues estaba segura de que la habían reconocido. No la perdonarían, el herido la ensartaría con su sable, y rogó para que no descubrieran a Aurora, quien había ido a casa de un vecino a por unos cordeles para ensartar y colgar los pimientos en el sobrado. Se tranquilizó cuando Orosia salió a recibirlos, los oyó hablar sin escuchar lo que decían y los vio marchar a lomos de sus caballerías. La mujer le dijo luego que querían saber cuánto faltaba hasta la frontera con Francia y añadió con una sonrisa que haría mejor en lavarse, pues parecía el *buco* que se ayuntaba con las brujas. Solo entonces se dio cuenta de que tenía tiznadas manos y cara por lo que su atacante no la había reconocido, y le entró una risa floja que dejó a la otra muy sorprendida.

A excepción de los ocupantes del carro de pasajeros que hacía la ruta de Sabiñánigo a Formigal, a finales de noviembre ya no se veían foráneos por Piedrafita debido a la lluvia y a las bajas temperaturas. Cerrados los famosos baños hasta la siguiente temporada, el marido y los hijos de Orosia continuaban allí, encargados de la vigilancia y mantenimiento de las instalaciones, si bien bajaban más a menudo para contento de la mujer, que siempre les tenía preparados un morral con mudas limpias y planchadas y otro con fiambres, empanadas, tortetas y un tarro grande de

miel. Ninguno de los tres era demasiado hablador, pero pareció agradecerles que en su ausencia la esposa y madre estuviera acompañada, y las veladas se alargaban junto al fuego cuando ellos se hallaban en la casa. Quizás porque las llamas del hogar poseen un atractivo particular y evocan de alguna forma tiempos pretéritos, no era raro que acabaran hablando de historias viejas, sucesos, creencias, miedos y... brujas, sobre todo brujas.

Elisa había oído a Feliciano hablar de las malignas de su tierra, en las que creía a pie juntillas, pero siempre había pensado que no eran sino cuentos, como los que le leía su madre de pequeña. Sin embargo, descubrió que su añorada amiga no era la única crédula al escuchar que doscientos años atrás en el vecino pueblo de Tramacastilla, y en todo el Valle de Tena, decenas de jóvenes mujeres solteras habían sido acusadas de mantener relaciones con el demonio; reían, lloraban, sufrían espasmos y vomitaban clavos retorcidos. Una de las abuelas de la familia contaba que su tatarabuela las había visto allí mismo, en el bosque de El Betato, elaborando pócimas y adorando al Diablo con apariencia humana, la de un tal Pedro de Abuerro, y añadía que, al parecer, era un mozo guapo y muy rico a quien gustaban las faldas más que los repollos a las cabras.

La evocación provocó las risas de los tres hombres, en especial la del más joven, que aseguró entornando los ojos y esbozando una sonrisa que por algo llamaban brujos a los tensinos, y que a él también le gustaba el repollo. Elisa se sintió incómoda; calculaba que ambos tenían más o menos la misma edad, y no era la primera vez que le miraba así. En el valle faltaban mujeres, o había muchos solteros, no lo sabía bien, pero lo que sí tenía claro es que no pensaba compartir su vida con ningún otro hombre. Tampoco deseaba permanecer en tierra de brujas, aunque no existieran y, si bien lamentaba dejar sola a Orosia después de sus atenciones,

decidió partir al día siguiente, en cuanto los milicianos se hubieran marchado. No pudo ser. Aquella misma noche cayó una tromba de agua que continuó durante más de dos semanas, de tal manera que el Gállego se desbordó e inundó los caminos. Tras la lluvia llegó la nieve, lo que hacía imposible abandonar Piedrafita a menos de disponer de unas raquetas, y aun así suponía un riesgo que la madre no estaba dispuesta a que su hija corriera. Los hombres de la casa habían salido hacia las fuentes pese a la lluvia, y permanecían aislados en el balneario; las dos mujeres y la niña volvieron a quedarse solas.

Con el deshielo llegaron las cascadas, la floración de abedules, fresnos, avellanos, hayas, de madre selvas, rosales silvestres, sabucos, e incontable número de especies que transformaron el valle en un jardín. Por primera vez, Elisa tenía el sosiego suficiente para contemplar el resurgimiento de una naturaleza espléndida. Y por primera vez en los dos últimos años pensó en el «viaje de bodas» de unas horas a lomos de una yegua por el bosque de la Pardina Ballarín, aunque entonces era otoño, nada que ver con la exuberante explosión de la primavera, pero también la última ocasión en la que se sintió en paz. Su vida y la de sus hijos habría sido otra si Bizén no se hubiera ido. No es que no lo recordara, es que no quería pensar en él; le hacía daño. Tomó por costumbre caminar con Aurora por los alrededores cuando la dueña de la casa no precisaba de su ayuda; juntas subieron al ibón situado a los pies de Peña Telera cuya cima se hallaba todavía nevada y metieron las manos en el agua helada, se adentraron en los bosques, pasearon por las orillas del río, se cruzaron con partidas de gamos, contemplaron el vuelo de las águilas e, incluso, apercibieron un lince encaramado a una roca, que desapareció al verlas. Regresaban contentas, las mejillas arreboladas a la espera de la siguiente salida, pero los hombres de la casa también habían vuelto y ella

notaba un apremio acuciante, no solo por parte del más joven, también de sus padres, ansiosos de que al menos uno de sus hijos les diera nietos.

Aprovechando una de las ausencias de aquellos y que Orosia se encontraba visitando a una vecina enferma, una mañana de mediados de marzo detuvo el carro de viajeros, y su hija y ella subieron con la intención de apearse en Biescas y proseguir camino a Buisán. Se fueron con la misma ropa con la que habían llegado, unas bufandas y dos mantas tejidas por ella; no llevaban equipaje, solo un atadizo con una torta grande de pan de cebada, unas manzanas y un saquito de avellanas peladas, a cambio de lo cual dejó tres pesetas encima del arcón de la harina. Lamentaba no haber sido más espléndida, pero no podía permitírselo; sus ahorros no llegaban a las doscientas e ignoraba lo que les depararía el futuro.

Inmersa en sus pensamientos no se dio cuenta de que atravesaban Biescas sin detenerse, pues allí no había nadie a la espera, y ella no le había dicho al cochero dónde querían bajarse. Hacía frío, y se envolvió en la manta. Tras una mala noche dándole vueltas a la cabeza y, pese a lo incómodo de los bancos de madera que compartían con otros pasajeros, con el traqueteo se quedó dormida. Ni siquiera se despertó cuando hicieron un alto en Sabiñánigo, se cambió el tiro de dos caballos por otro de cuatro y se continuó ruta hacia Huesca, adonde llegaron a media tarde. Su estupor fue inenarrable al oír el nombre de la ciudad y todavía lo fue mayor cuando el cochero le pidió ciento veinte pesetas por los dos pasajes. De nada valió asegurar que se trataba de un malentendido, que su intención era apearse en Biescas, el hombre se mantuvo firme e incluso amenazó con llamar a los guardias. No le quedó más remedio que pagar y maldecir su mala suerte. Luego se encaró con Aurora por no haberla despertado, pero esta respondió que ella en ningún momento le había dicho cuál era su

destino, lo cual era cierto y, además añadió, le había dado pena espabilarla porque sabía que dormía mal y que la víspera no había pegado ojo. Les quedaban algo menos de cincuenta pesetas y encontraron alojamiento en una pensión próxima a las cocheras.